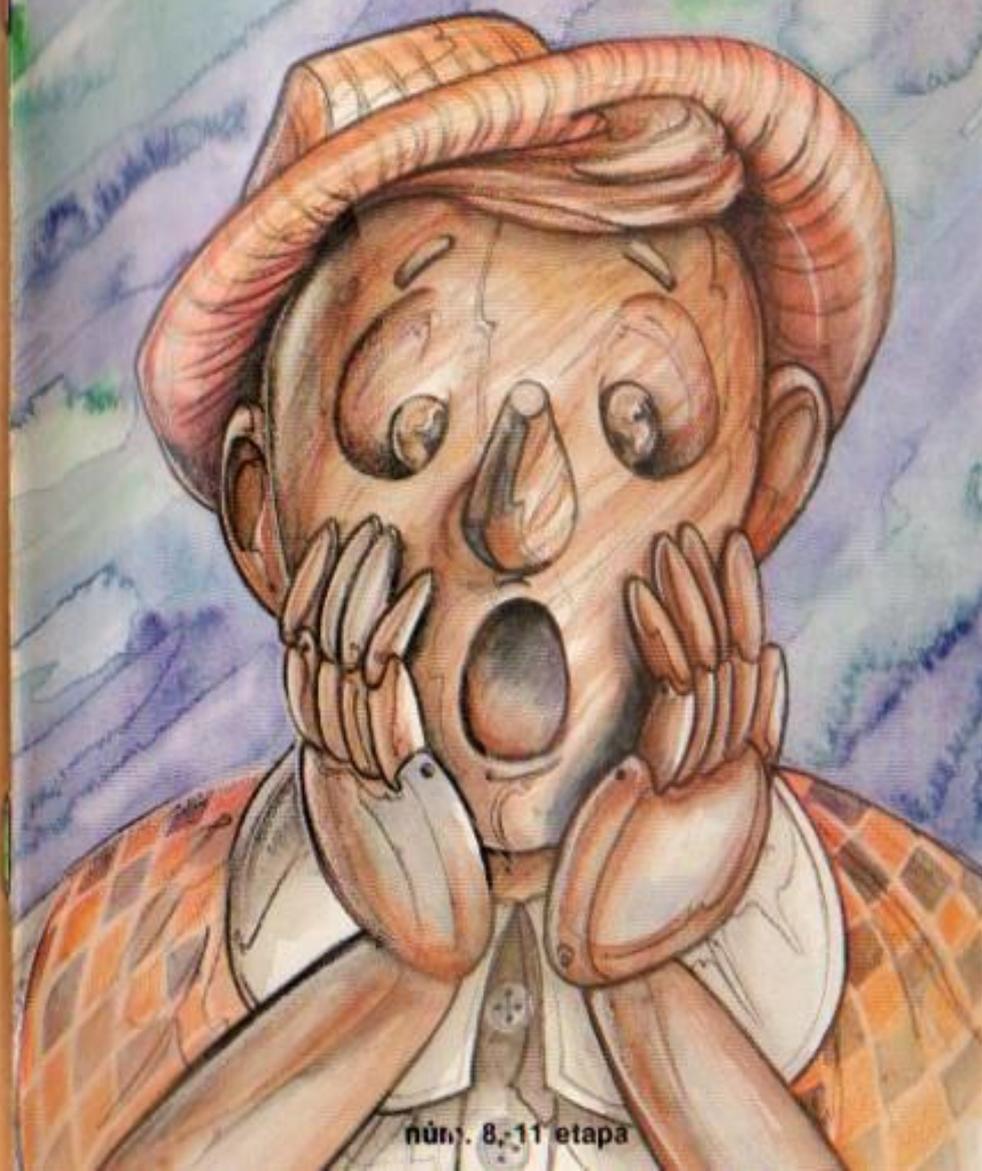


Onza, Tigre y León



Comité Directivo

Director Fundador: Rafael Rivero Oramas
Director General: Dulia Govea de Carpio
Director Gerente: Nora Portillo de Villarreal
Director Editor Giselda Navas
Director Docente: Ramona Marciano de Rivero
Director Artístico: Pedro Mancilla

Comité Asesor

Coordinación: José Antonio Escalona Escalona
Yelva Bosch
Digna D. Jesús de Rivas
Gustavo Luis Carrera
Virginia Betancourt
Josefina Falcón de Ovalles
Norma González Vioria
Aura Jaén de Castillo
Guillermo Morón
Manuel Ortiz
Jesús Rosas Marciano
Irene Sabino

Comité de Aplicación Pedagógica

Coordinación: Norma González Vioria
Ministerio de Educación
Pedagógico de Caracas
Pedagógico de Barquisimeto
Pedagógico "Gerbasio Rubio"
Pedagógico "El Mácaro"
Pedagógico de Maracay
Pedagógico de Maturín
Pedagógico "Siso Martínez"

Comité Infantil de Lectura:

Katty Agrinzones (13 años)
Grisel Molina (11 años)
Nol Cirene Molina (13 años)

Colaboraron en este Número:

José Leonardo Adams (8 años)
Renato Agagliate
José Antonio Escalona Escalona
Gregorio Pérez Almeida
Luisa Isabel Rodríguez
Jesús Rosas Marciano
Manuel Antonio Ortiz

Órgano divulgativo del Ministerio de Educación
y de la Universidad Pedagógica Experimental
Libertador, financiado por la Fundación
Programa de Formación Docente.



Diseño Gráfico: Pedro Mancilla
Ilustración: Rosana Faria, Andreina Faria
Carla Tabora, Meyun Saldiva, Marcela Cabrera
Fotografía: Isidro Luque
Fotocomposición: Di Bari
Impresión: Lithoven
Administración y distribución: Nora Portillo
Tel.: 83.75.11 ext. 216
Depósito Legal pp-76-1687
N° 8. 11 etapa 1990 (Abril-Junio)

¡Qué alegría, lector amigo de "Onza, Tigre y León"! ¡Estás otra vez con nosotros! En realidad, estábamos seguros de que aceptarías de nuevo nuestra invitación para zambullirnos de cabeza en la gran aventura que nos une: "La Aventura de Leer". Este año vamos a divertirnos con algunas "lecturas para dramatizar". En este número comenzaremos con un capítulo de Pinocho. Sí, El famoso muñeco de madera que conoces. Hemos seleccionado algunas secuencias, poco conocidas, del maravilloso cuento escrito por Carlo Collodi. Con esta historia, Collodi inauguró los libros infantiles modernos en todo el mundo. Así que en el año centenario de la muerte de Carlo Collodi podrás encontrar en "Onza, Tigre y León" oportunidad de reír con la historia de este muñeco de madera que tantas enseñanzas ha proporcionado a los niños y a los adultos del mundo entero.

En el número anterior te ofrecimos varios juegos. La "Práctica de Bateo", un juego para narrar, de seguro que fue de tu agrado y que, con tus amigos, inventaste una hermosa historia. Envíala. Deseamos publicarla en nuestra revista. "Onza, Tigre y León" quiere que formes parte de este gran equipo que, además de leer, también escribe y defiende el ambiente, lo cuida y sabe disfrutarlo: el equipo de "Lectura y parques para la vida". En este número incluimos un distintivo y un carnet para ti. Si estás seguro de promover la lectura y los parques para la vida, no dudes en llevarlos siempre contigo.

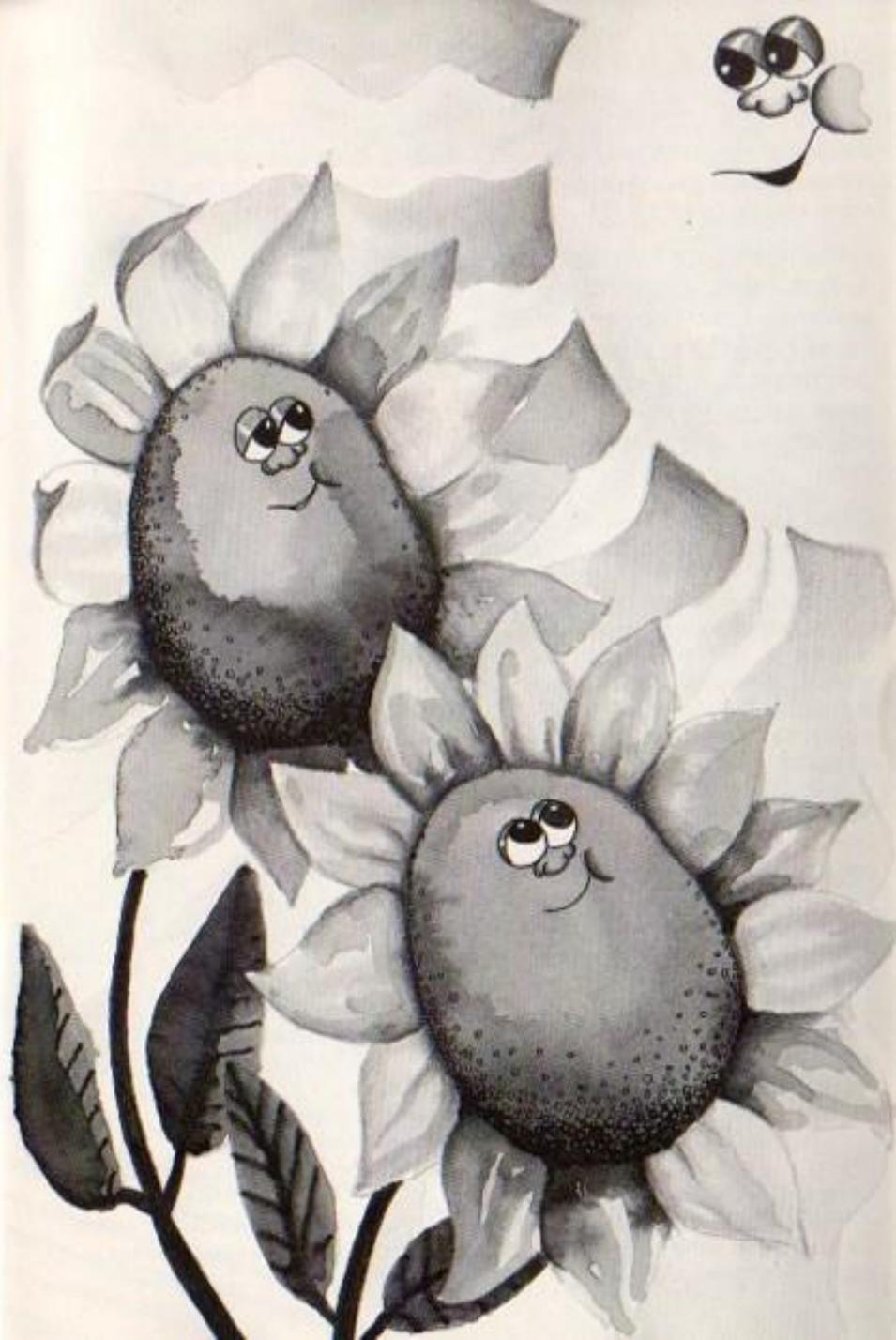
Y, ahora, con la melodía de nuestra canción en nuestros corazones, comencemos a disfrutar de estas páginas preparadas totalmente para ti:

*El que lee sabe
con saber profundo
dónde están las llaves
para abrir el mundo*



El Girasol está siempre rindiendo culto al Astro Rey

El girasol es un admirador incondicional del astro rey. Lo mira caminar por el cielo desde que sale hasta que se pone, y va girando su redonda cara, tostada de tanto broncearse, para no perderlo de vista. Es tanta su admiración por el Sol que intenta imitarlo y por eso usa una corona de pétalos dorados. Aunque el girasol parezca una sola flor, está formado por centenares de florecitas apretujadas en su centro. Las florecitas del borde tienen los pétalos amarillos que le dan su radiante aureola al girasol. El girasol es un verdadero americano, como los indios. Sus primeras residencias estuvieron en tierras que hoy ocupan México, Perú y Estados Unidos. Los aborígenes lo cultivaban porque era tan alimenticio y sabroso como el mani. Ellos engordaban a sus animales con las semillas de estas flores, de las cuales obtenían ricos aceites comestibles. Los modernos norteamericanos y los europeos aprendieron esta industria de nuestros antepasados indios. Además de adornar la naturaleza, los girasoles nos dan otros regalos: finas fibras para telas como de seda, y papel de primera calidad.



Quien cuida el ambiente

Jesús Rosas Marcano

es gente decente

Juego dramático

• Frente al público y con el telón cerrado aparece un niño. Actúa a la manera de un jugador:

—Mis queridos amigos que ven nuestro teatro, cuidemos el ambiente, pues lo necesitamos. Así la ciudad toda tendrá el olor del campo. Los ruidos de la calle serán cantos de pájaros y lo que uno allí vea será también más grato.

El telón se abre lentamente. En el escenario estarán dispuestos cinco espacios: un primer ángulo muestra una pared con un gran pote de aseo tapado y, a su lado, montones de basura y cartones en desorden. El segundo espacio representa un charco de agua pantanosa. El tercer ambiente representa una motocicleta cuyo conductor acelera el motor sin parar. Un cuarto ambiente recuerda un rincón de la ciudad, lleno de láminas de hojalata que encandilan a la gente. En otro ángulo se representa un montón de ramas recién quemadas que producen un humo denso. Cada uno de estos ambientes irá siendo descubierto sucesiva y oportunamente. Se ilumina o se descubre el primer ambiente.

Actor 1: (Sale del público hacia el escenario):

—¡Esa basura infeliz me enfermó de la nariz!
(Se queda arriba estático)

Actor 2: (Sale hacia el escenario):

—¡Ese lodazal que espanta me pega hasta en la garganta!
(Se queda arriba)

Actor 3: (Sube al escenario):

—¡Y ese escape de esa moto me tiene el oído roto!
(Se queda arriba)

Actor 4: (Energico):

—¡Y esa lata del barranco me tiene la vista en blanco!
(Arriba inmóvil)

Actor 5: (Más energético):

—¡Y ese humo de rastros me pone turbios los ojos!
(Cae el telón. Los cinco actores quedan frente al público. Música)

Actor 1:

Todos, pues, tengan presente, le venimos a avisar

Actor 2:

que el que haga daño al ambiente lo vamos a castigar.

Actor 3:

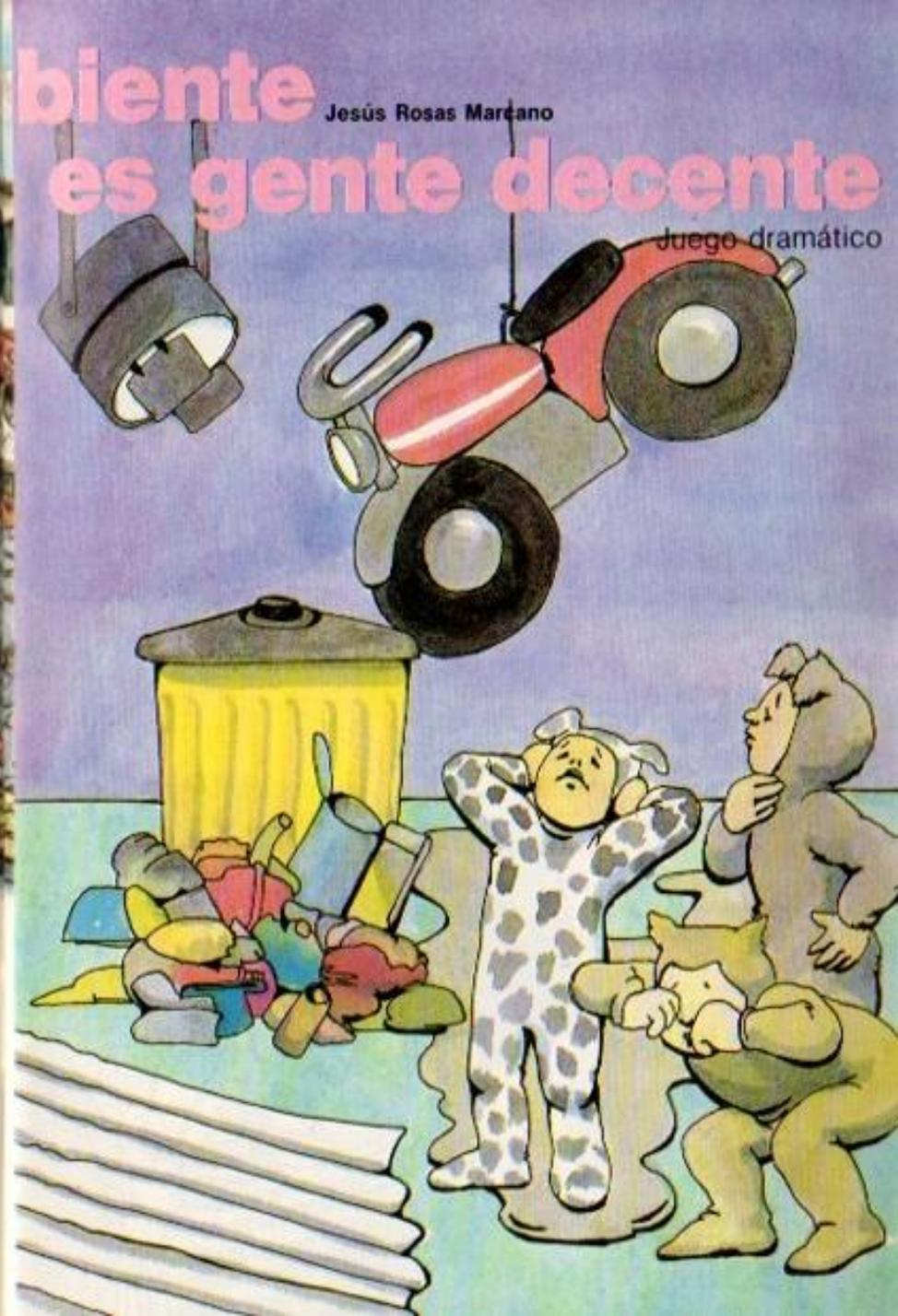
Y tendrá igual merecido, con toda seguridad.

Actor 4:

el que se ponga a hacer ruido en esta bella ciudad

Actor 5:

y vaya a prender candelas aquí o en cualquier lugar.
(Abre el telón y aparecen un camión, un autobús, una motocicleta, una gandola y una camioneta. Echan humo. Los conductores tocan las cornetas desesperados).



Actor 1:

¡Usted, señor del camión,
póngase en ese rincón!

Actor 2:

¡Autobús de escape afuera,
quédese junto a esa acera!

Actor 3:

¡Motocicleta bellaca,
párese junto a esa estaca!

Actor 4:

¡Y usted, señora gandra,
se queda en la puerta, sola!

Actor 5:

¡Y usted, doña camioneta,
no toque aquí más corneta!
Después de la algarabía y el
movimiento en el escenario, vehículos
y conductores quedan paralizados).

Actor 1:

Les hablamos como amigos.
Si prometen de verdad

Actor 2:

no hacer builla en la ciudad,
les quitamos el castigo.

Actor 3:

Son mensajes de cariño
que les dejamos los niños.

Actor 4:

Va para toda la gente
para que cuide el ambiente.

Actor 5:

y así tener un país
hermoso, rico y feliz.

FIN



La joven que se convirtió en una flor:



Hace mucho tiempo, los griegos creían que el Sol era un dios llamado Helios, que viajaba por el cielo en una carroza tirada por cuatro caballos. Una leyenda griega cuenta la historia de una muchacha llamada Clitia que se enamoró de Helios. Lo amaba tanto, pero tanto, que su único deseo era mirar constantemente a Helios. Durante todo el día, Clitia permanecía sentada en el suelo mirando al sol. Nunca miraba otra cosa. Inmóvil. Cuando llegaba la noche continuaba en su sitio, esperando que el Sol saliera otra vez.

Clitia permaneció de esta forma nueve días y nueve noches seguidos sin ni siquiera comer. Se alimentaba sólo de sus lágrimas y del rocío de las hojas de las plantas cercanas. Cuentan que al décimo día, su cuerpo echó raíces. Su cuerpo se transformó en el tallo de una hermosísima flor. Su cara se convirtió en una flor que giraba lentamente sobre su tallo, mirando todavía al Sol en su movimiento a través del cielo.

Esta flor es el heliotropo, la "que se vuelve hacia el Sol".

ADIVINANZAS

José Antonio Escalona-Escalona

Al cuajar, su forma tiene
verde apariencia de gema.
En sazón —ya colorido—
es un vegetal poema

El fruto

Para sustentar su vida
los pies aferra en el suelo
mientras crece y crece y crece
siempre en dirección al cielo

El fruto



Vive un tiempo bajo tierra
su mínimo corazón
para esperar en secreto
su propia germinación

Un compendio de hermosura
en estuche de colores
donde alados libadores
sacian su sed de dulzura

DAMERO

1 2 3 4 5 7 8 9 10 11 12 13 14 15

16 17 18 19 20 21 22 23 24 25

26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40

41 42 43 44 45 46 47 48

9 11 13 15 17

Derramamiento de lágrimas. Lamentación.

1 16 31 46

Con luz. Luminoso. Antónimo de "oscuro".

17 18 19 20

País de Suramérica donde habitan los chilenos.

1 2 3 16 17

Carruaje. Carreta. Automóvil.

11 19 28 37 46

Sufrimiento físico o espiritual. Padecimiento, aflicción.

13 14 15 17 18

Robo; necio; simple.

10 11 12

Letra que en el abecedario precede a la R.
En matemática, un número indeterminado.

14 15 16

Tiempo que emplea la Tierra en dar una vuelta sobre sí misma. Tiempo que dura la claridad del Sol. Antónimo de "noche".

26 27

Nombre de la letra "q".

14 15

Virtud teológica por la que se cree en las verdades de la religión. Credulidad.

14 15

Singular de "sus".

11 16 17

Onomatopeya. No decir ni p... Permanecer callado.

10 11

Tercera vocal del alfabeto. Cifra con valor de uno en la numeración romana. Escrita en minúsculas, dos veces.

14

Última de las vocales. Se utiliza en lugar de "o" delante de palabras que empiezan por "o".

Los amigos de "Onza, Tigre y León" visitan las Bibliotecas

Cerca de tu casa o de tu escuela hay una biblioteca pública. Visítala. Sacá tu carnet y llévate algún libro a tu casa. ¡Te sentirás feliz!

Algunos libros para disfrutar

Una buena traducción de **Las Aventuras de Pinocho**, de Collodi. Descubrirás la verdadera historia de este muñeco de madera.

Cuentos para jugar, de Rodari. Ganador, en 1970, del premio más importante de la literatura infantil: el "Hans Christian Andersen".
Ediciones Alfaguara.



Sekesekeima, violín de los Warao

Según cuenta una hermosa fábula creada por el pueblo warao, fue un mono negro llamado Naku quien trajo el primer violín al Delta del Orinoco. Naku vivía en una alta montaña en la isla de Trinidad donde era muy apreciado por los demás animales gracias a su magnífica condición musical. En su casa recibía a todos los animales, quienes bailaban hasta el amanecer; pero un día el mono quiso fraternizar con los animales que se encontraban en Tierra Firme, que nunca le habían escuchado su música ni sabían bailar, y fue así como decidió hacerles una visita. Al llegar al valle, al pie de la montaña, se levantó un huracán bajo sus mismos pies, que lo condujo hasta el lugar donde vivían los animales del Delta. En un santiamén llegaron todos los animales atraídos por la celestial melodía del delicado instrumento que ejecutaba Naku. Sin embargo, no todos los animales estaban en el baile, había uno que se había hecho

el sordo a las delicias del sonido nuevo y que no quería amistad con nadie, el tigre, que amenazó con comerse al mono si éste no regresaba a su tierra en tres días. Todos estuvieron preocupados, pero no así **Naku** que continuaba sacando nuevas melodías de su violín.

Al fin llegó el día en que apareció el tigre y dijo: ¡qué lástima que tu carne sea tan buena, tan deliciosa, pobre mono! A lo que respondió el mono: "Bueno ya que este es mi último día, yo creo que me podías conceder una gracia, déjame tocar la última pieza en mi violín",... y se cuenta que el tigre fue embriagado por el mágico sonido del violín, y abrazó al mono exclamando: ¡Seamos amigos! Este bajó el violín, y a los demás animales les regresó el aliento, juntándose todos para ver de cerca ese instrumento maravilloso que transformaba en amigos, hasta a los tigres. Asombrados todos, le examinaron la cabeza y el cuello, y la boca, el cuer-

po y la espalda y después de haber observado los más mínimos detalles lo encontraron tan bonito, con sus cuerdas finas de metal y su elegante figura, que le dieron el nombre warao de EBOMA SANUKA, "la muchachita"; y fueron corriendo al bosque a buscar madera de cedro, para construir sus propios violines, que nunca le salieron tan buenos como el de Naku, el mono violinista, ya que las cuerdas eran de fibra y la caja no tan bien acabada y sin brillo; pero estaban contentos porque había violines en el Delta del Orinoco.

...Y se cuenta que los warao, habitantes naturales del Delta, también se encariñaron con las "pequeñas muchachas" y les pusieron por nombre SEKESEKEIMA, que significa instrumento de frotar, por la característica de tener un arco que lo hace sonar. A los warao, también les pareció reconocer partes de su propio cuerpo en la figura del violín; y por eso llaman SE-

KESEKEIMA A KUA a la "cabeza del violín"; las clavijas reciben el nombre de "orejas" o SEKESEKEIMA A KOHOKO, mientras llaman al mástil SEKESEKEIMA A DO "cuello"; y "cuerpo" o SEKESEKEIMA A TEHO a la caja de cedro.

Como ocurre en cualquier parte, no todos los hombres saben tocar con maestría el violín. Entre los warao, sólo al MAREMARE, o tañedor de violín, le está permitido colocarse de pie en la mitad de la sala durante la gran celebración de la fiesta del moriche o fiesta del homomare, la más importante celebración de los warao. Allí bailan y cantan tomados alegremente de las manos al ritmo del sonido del seke-sekeima, agradeciendo para siempre, con sentidas palabras, la emoción que el mágico instrumento les proporcionara:

Sekesekeima,	Violin,
a kwa marida	tu cabeza rizada
ma mituru, hai	gozo mirando, ay,
ma mituru,	gozo mirando.



El tigre engañado

Cuento Warao

Conejo estaba haciendo **mapire**.
Estando en esa operación se
presentó el tigre y le dijo: ¿Para
qué haces ese mapire? ¡Um ju!
¡Caramba, tigre! ¡Sí, ándate por
ahí tan campante...!. Pero ¿qué es
lo que sucede?. Pues ¿no ves la
gran inundación que viene del río?
Y eso ¿qué tiene que ver con el
mapire que tú haces?. Pues
cuando la creciente inunde todo
yo lo colgaré arriba para vivir en
él. El tigre le dijo: Pues, conejo, si
así es, haz primeramente un
mapire para mí. Estupendo, tigre,
haré primeramente un mapire para
ti.
Inmediatamente puso manos a la
obra. Hace, y hace, y hace.
Entonces dijo: Tigre, acomódate
dentro para ver cómo te queda. El
tigre se acomodó dentro; pero aún
le venía corto. Siguió haciendo,
haciendo, haciendo. Y le dijo de
nuevo: Tigre, métete para ver si te
queda bien. Se metió el tigre y le
venía exacto.
Se proveyó entonces de
mamures. Provisto, comenzó a
tejer, que teje... Al estar tupido el
mapire, dijo en definitiva el conejo:
¿Dónde quieres que te cuelgue?
Cuélgame por ahí, respondió
el tigre.



Sin pérdida de tiempo, cogió el conejo el mapire por las anchas mallas y lo colgó arriba. Después de colgarlo le dijo: Tigre, yo voy a buscar tirite. Estaré de vuelta enseguida; ya que tengo que hacer el mapire para la vivienda mía.

Marchó. Transcurrió el día, y no regresó. Transcurrió toda la noche y tampoco volvió. En esa forma pasaron dos días. El tigre tenía mucha hambre; ya se estaba enflaqueciendo.

Llegó entonces una bandada de aves. Eran guacamayos. Dijo el tigre a uno de ellos: Guacamayo, ábreme la "puerta" del mapire. ¡Um juu...! Tú me vas a comer. No te comeré, ábreme. Me vas a comer; no te abro. Dicho esto, siguió de largo.

Detrás llegó una manada de monos aulladores o araguatos. Al llegar el tigre les dijo: Araguatos, ábrame la entrada del mapire. Respondió un araguato: ¡Caramba! Tú me vas a comer. No, yo no te comeré. Ábreme la entrada del mapire. Tú me vas a comer. Diciendo esto, marcharon de largo.

Detrás llegó junto a él una manada de simples monos.

Dirigiéndose al que llegó primero, dijo: Mono ábreme la boca del mapire. Um juu...! Um juu...! Tú me vas a comer. Diciendo esto, pasó de largo.

A otro que iba de último le dijo: Mono, ábreme la boca del mapire. ¡Caramba! Tú me quieres comer. No. Yo no quiero comerte. Mono, ábreme la boca del mapire. ¿De verdad, de verdad que tú no me vas a comer? Tú me vas a comer. De veras que yo no te comeré. Si es así, yo abriré la boca de tu mapire. Y tal como lo dijo, poco a poco la fue abriendo. Desteje y desteje. Ya no quedaba más que uno de los amarres o cabulleras. Al deshacerlo, el tigre agarró al mono y con él se vino al suelo. Al caer le dijo el mono: Tigre, si tal como ahora estoy me comes, no te hartarás. Por eso lánzame un poquito para arriba. Al lanzarme, de arriba yo procuraré caer dentro de tu boca. Dijole el tigre: Tú eres un mentiroso. Le dijo el mono: Digo la verdad, tigre. Cuando yo suba, procura estar con la boca abierta. Entonces, al caer yo al fondo de tus fauces, me engullirás. Así quedarás harto. El Tigre entonces lanzóle arriba. Al lanzarlo, el mono se encaramó en



el árbol. Y observando desde arriba, vio al tigre que estaba con la boca toda abierta. Y el mono huyó al momento. Al huir el mono, el tigre cayó panza arriba a causa del hambre, sin fuerzas para sostenerse.

Dijo entonces el tigre: Si ahora encuentro al mentiroso, lo mataré y lo comeré. Fue a buscar al conejo, guiándose por las huellas. Después de caminar y caminar, encontró al conejo. Apenas lo vio, le echó la garra. Dijo el conejo: Tigre, si así me comes no quedarás satisfecho. Yo tengo para ti una buena presa, un venado muy grande. Te lo traeré, espérame aquí. El Tigre creyó al conejo y lo dejó en libertad. Al dejarlo, el conejo se marchó corriendo.

El tigre esperó la vuelta del conejo. Espera que te espera. Y como no volvía, lo fue a buscar. Decía el tigre: Ahora sí que me comeré al conejo si llego a encontrarlo. Mas, por más que lo buscó, no dio con él. O sea que el tigre estuvo a punto de morirse de hambre por la astucia de un conejo.

Tío Tigre y Tío Conejo en la carrera

Un día claro y hermoso Tío Tigre y Tío Conejo estaban peleando por un conuco que había nacido de las lluvias, hasta que decidieron hacer una apuesta, y todos los animales que estaban escuchando se preguntaban qué apuesta sería ésa.

Mientras tanto Tío Tigre le decía a Tío Conejo, mañana haremos una carrera a las 7 de la mañana, haremos una carrera y la **llegada** será pasando la montaña y Tío Conejo dijo: estaré allí. Las apuestas se hacían grandes, Tío Caimán decía: apuesto 100 bolívars a que gana Tío Conejo.

Mientras que Tío Tigre se entrenaba, Tío Conejo estaba haciendo un mapa mientras que llamaba a todos los conejos grandes y chicos, eran como quinientos.

Todos los conejos estaban en el estadio y Tío Conejo decía por el

micrófono, los he llamado para algo muy importante, para ganarle a Tío Tigre en la carrera de mañana. Todos los conejos se reían porque como todos los conejos saben, a Tío Conejo lo habían operado de la pierna y no podía correr.

Y entonces Tío Conejo dijo: no estoy loco, y no se rían. Voy a nombrar en una lista a los conejos que tienen el mismo peso que yo y la misma edad. Se van a ir a la **salida** de la carrera o sea en el conuco, que yo iré a decirles lo que vamos a hacer. Ya eran las 5 de la mañana y llegó Tío Conejo al conuco. Y a cada conejo lo puso a 15 metros escondidos en los troncos para poder ganar la carrera.

Ya eran las 7 de la mañana y Tío Tigre estaba esperando a Tío Conejo, hasta que llegó Tío Conejo, y Tío Tigre le decía: pensé que no ibas a llegar.

Un disparo de Tío Mono hizo comenzar la carrera y Tío Tigre corría como un relámpago dejando atrás a Tío Conejo y ya a los 15 metros aparecía un conejo y Tío Tigre se sorprendía y no se explicaba tal cosa. Pero seguía corriendo y seguía y aparecía Tío Conejo. Y a la **llegada** Tío Conejo se fue en carro escondido por los mogotes, se bajó del carro esperando a Tío Tigre hasta que llegó y Tío Conejo salió caminando a la **llegada** y ganó...

Todos los animales aclamaban a Tío Conejo, mientras que Tío Tigre se quedaba rugiendo en la **llegada**, rugiendo.

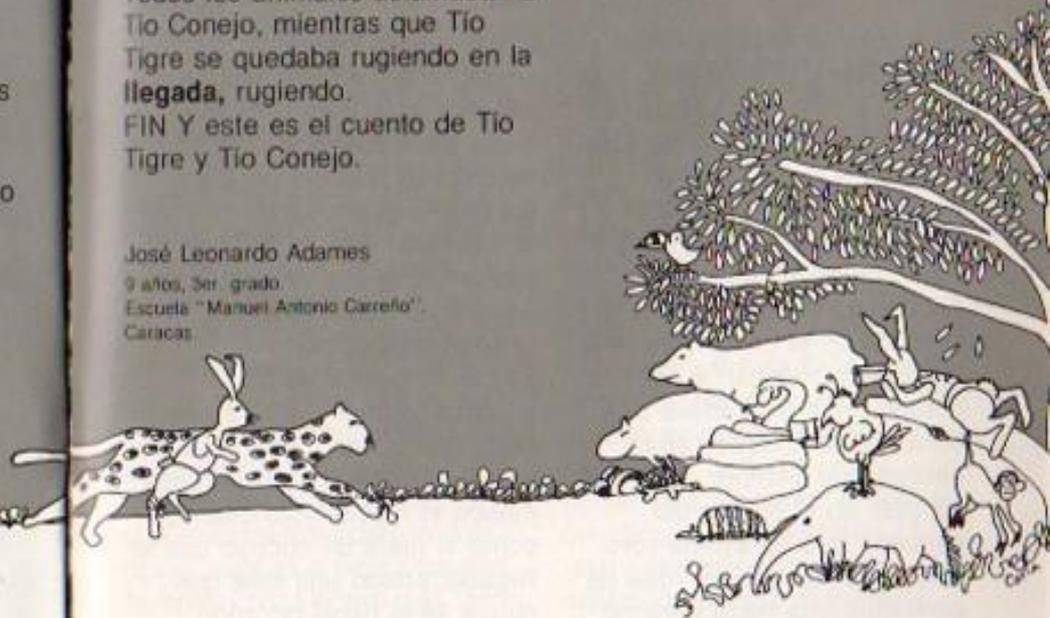
FIN Y este es el cuento de Tío Tigre y Tío Conejo.

José Leonardo Adames

9 años, 3er. grado

Escuela "Manuel Antonio Carreño"

Caracas



"Para Juan Cañas
y sus niños cuenteros"

Regato Agagliate

El Pequeño

Este niño de Bojó se llamaba Secundino y lo malo de él era que no podía ir a la escuela, porque tenía que ir a rastrear papa para que su mamá pudiera darles comida a él y a sus hermanitos.

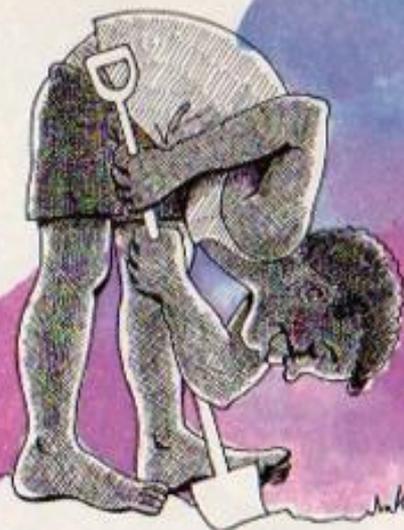
Como muchos campesinos, Secundino era pobre porque, viviendo en el campo, no tenía tierra para trabajar; y era rico porque tenía unas ideas muy bonitas. Tenía tantas en la cabeza que siempre guardaba algunas en el bolsillo del pantalón que no estaba roto, aunque, claro está, la idea de conseguir una tierra para no tener que trabajársela a los demás la guardaba bien

adentro en la cabeza.

Un domingo, en la clase de catecismo, el padre Mario le había contado cómo Josué había parado el Sol para que los israelitas acabaran de ganar una batalla. Esa noche, que casualmente era de luna llena, Secundino se sentó a mirarla en el solar de su casa.

Esa luna, que se ve bien grandota aquí en Sanare, en Bojó, que queda más arriba, se ve más grande todavía. En eso estaba el muchachito cuando, como si fuera un cocuyo que le llegaba, atrapó una idea que nunca se le había ocurrido antes:

—Si ese general de la Biblia ha



Lunateniente

parado el sol, yo, una noche de éstas, quiero parar la luna. A la mañana siguiente, como si las ideas no fueran sino hermanitas menores de los sueños, Secundino volvía a su trabajo de rastreo. Cuando tuvo lleno de papas medio saco, sin embargo, se sentó para descansar y encaramó los ojos sobre el cerro de Bojó, allá donde acostumbra salir la luna, y se quedó gozando de su imaginación.

El domingo, en lugar de salir con el catecismo debajo del brazo, salió con pico y pala al hombro y, dos horas más tarde, estaba en la cumbre del cerro.

—Por aquí es donde sale la

luna —se dijo—. Y aquí es donde voy a sembrar una mata bien alta para montarme en ella y parar la luna. Me agarro mi buen lote de tierra —¿qué digo?, de luna— lo cerco bien cercado y, ya que no puedo ser terrateniente, seré...

¡lunateniente!

Abrió, pues, un hoyo bien hondo y, como ya era tarde, con los ojos entornados para que nadie le descubriera aquella idea tan candelosa, bajó del cerro.

La semana siguiente, a orillas del campo donde estaba rastreando, encontró una matica de bucare que crecía como sembrada por el viento.

—Esta —dijo— es de las



matas que por aquí se ponen más grandes. La voy a sembrar en la cumbre del cerro para montarme y agarrar la luna. El domingo siguiente, sin embargo, para que el padre Mario no lo regañara y no lo excluyera de la primera comunión, Secundino volvió al catecismo.

Pero el otro, como cualquiera se lo imagina, el muchachito llenó medio saco de estiércol de gallina, le puso arriba aquella matica de bucare y volvió a subir el cerro de Bojó. Ya arriba, vació el abono en el hoyo que había cavado y dejó sembrada la matica rezándole a San Isidro para que quitara el

sol y pusiera un aguacero que regara la matica y la hiciera crecer para él hacer con la luna lo que Josué había hecho con el sol.

Tan buena hubo de ser la oración que, al no más volver a su casa Secundino, reventó el aguacero. A la luz de los relámpagos, al muchachito le parecía ver su bucarito creciendo a la medida de sus deseos.

El domingo siguiente, Secundino volvió al catecismo y aprovechó para observar mejor aquel grabado en que Josué, montado a caballo, paraba el Sol; pero también se quedó mirando otro, el del paraíso terrenal, donde



había una jirafa comiéndose el cogollo de una mata altísima... El domingo que vino después, el muchachito subía otra vez a ver su matica y, como la encontró muy pequeña todavía para hacer lo que quería, dijo: —Este bucarito crece poco porque le eché abono de gallina.

Vuelto a su casa, se sentó de nuevo en el solar y, después de constatar que la luna salía exactamente donde él había sembrado la matica, como si le pasara por delante otro cocuyo, atrapó otra idea interesantísima: —Si ese abono hace crecer poco al bucarito, es porque las gallinas son animalitos muy

chiquiticos... ¿Por qué no echarle abono de jirafa que es un animal altísimo? Pero... ¿cómo y dónde conseguirlo?

Era la fiesta de la Virgen del Carmen y Secundino, con sus compañeritos, hacia la primera comunión en la capilla de Bojó. En la fiestecita que hubo luego en su casa estaba presente su padrino, un hombre que trabajaba en el zoológico de Barquisimeto, y Secundino no sintió la menor pena en pedirle tan extraño regalo:

—Padrino: tráeme estiércol de jirafa.

Lo cierto es que, ante la insistencia del ahijado, el



padrino tuvo que prometer y, a la semana siguiente, ya estaba en Bojó cumpliendo. Sin decirle a nadie qué era lo que cargaba, un domingo, Secundino subió al cerro Bojó, escarbó en torno a la mata, echó el abono milagroso y volvió rapidito a su casa para ver de lejos qué iba a pasar. El otro que estaba curioso por ver era nada menos que San Isidro, que andaba por el cielo poniendo un nuevo aguacero. Pues bien, llovió tan bueno y creció tanto el bucare que hasta tuvo miedo Secundino de que Dios lo castigara como había castigado a Adán por haberse comido la manzana

prohibida. Tanto creció la mata, que la gente de Bojó, de Monte Carmelo, de Sanare y hasta de El Tocuyo se preguntaban cómo había podido crecer un bucare tan grande en la cumbre de aquel cerro tan alto. Gonzalicos y azulejos iban a comerse sus flores en el mes de febrero, mientras en la rama más alta guindaban unas avispas bravas su tremendo cojón. Bravo estaba también el verano y, por fin, llegó la noche de luna llena en que el muchachito de Bojó iría a realizar su gran hazaña. Decidido y contento subió al cerro, se quitó las alpargatas y se encaramó en el bucare.



Claro que, cuando estuvo arriba, sintió bastante miedo por hallarse tan alto y hasta pensó en Josué que había parado el Sol sin caerse del caballo. Al rato asomó la luna, grandísima y redondísima, más cerca de Secundino que la misma tierra. Encandilado, el muchachito ya no sabía si todo había sido un sueño o si era una maravillosa realidad; pero era tanta la fuerza de su idea que sacó las manos y se agarró duro de la luna. Como con los pies había sacudido la rama del cojón y las avispas ya le picaban los pies, sacó estos también y los puso a salvo parejitos en la luna.

Y allá se quedó para siempre Secundino, contento con su pedacito de luna cercado: ya que no había podido tener tierra, ahora era un ...¡lunateniente! Menos mal que, gracias a su trabajo, ya habían crecido bastante sus hermanitos, quienes rastreando papa como él, no dejarían que su mamá se muriera de hambre. La última en creerme este cuento fue precisamente ella, el día en que yo le llevé las alpargatas olvidadas por Secundino en la pata de aquel bucare.

CENSO 1990



Este año se realiza en nuestro país, el XII CENSO DE POBLACION Y VIVIENDA. El Censo es un trabajo muy importante en el que participamos todos los venezolanos. Por medio del Censo se obtiene toda la información sobre las viviendas y las personas que las ocupan.

Un grupo de personas se encarga de visitar casa por casa y de formular las preguntas necesarias a tu Papá o a tu Mamá, o a cualquier persona adulta que viva contigo.

Todos debemos contestar con claridad y sinceridad lo que nos pregunten. Los cuestionarios contentivos de nuestras respuestas conforman los datos que procesarán los especialistas en estadística. Ellos, con la ayuda de computadoras, nos permitirán conocer cuántas personas no tienen viviendas, cuántas personas no saben leer ni escribir, etc. El Censo nos permite conocer las necesidades de los venezolanos y, así, poder atenderlas. Si, por ejemplo, sabemos cuántos niños no están inscritos en las escuelas y dónde habitan, sabremos dónde crear nuevas escuelas.

Después de haber hecho la entrevista en tu casa, pegarán en la puerta una etiqueta mediante la cual se comprueba que tu casa y tu familia fueron censadas. Demuestra que eres buen ciudadano, al colaborar con todas las actividades que se hacen a favor de nuestro país.

Intermedio para una anécdota sobre El Libertador

En el año 1824, seis años antes de la muerte del Libertador, un amigo suyo, Don Joaquín Mosquera, nos cuenta cómo lo encontró en la ciudad de Pativilca, en el Perú:

—Seguí por tierras de Pativilca, y encontré a Bolívar ya sin riesgo de muerte, pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto mucha pena. Estaba sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jin que me dejaba ver sus rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas; la voz hueca y débil y el semblante cada- vérico. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no largar lágrimas.

Con el corazón oprimido, temiéndolo la ruina de nuestro ejército, le pregunté:

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

Entonces, avivando sus ojos huecos y con tono decidido, me contestó:

—Triunfar.

Esta respuesta inesperada produjo en mi alma sorpresa, admiración y esperanzas, porque vi que

aunque el cuerpo del héroe estaba casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor y elevación que lo hacían tan superior en los grandes peligros.

En seguida le hice esta otra pregunta:

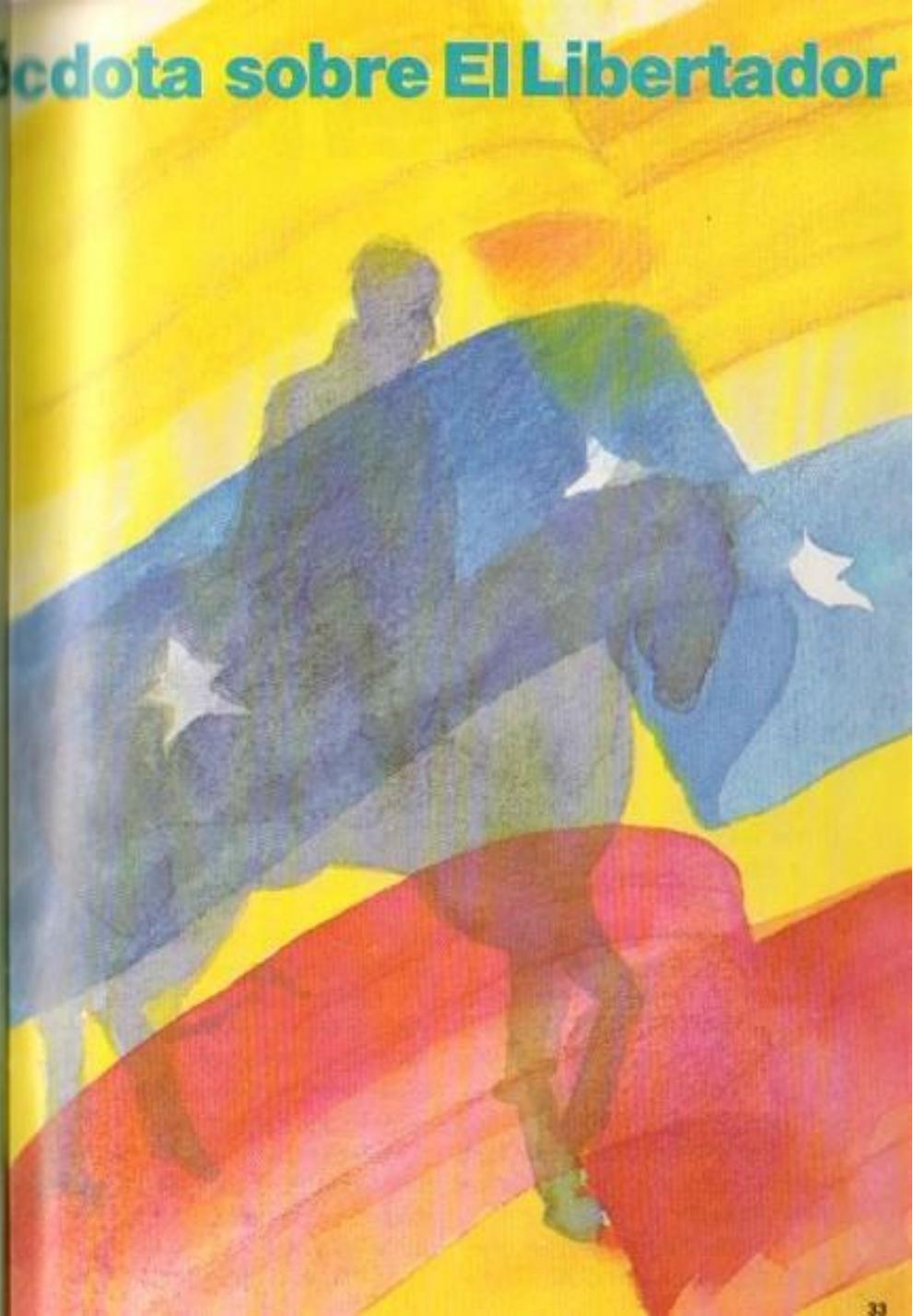
—¿Y qué hace usted para triunfar?

Entonces, con un tono sereno y de confianza, me dijo:

—Tengo dadas las órdenes para levantar una fuerte caballería en Trujillo; he ordenado tomar para el servicio militar todos los caballos buenos del país. Luego que recupere mis fuerzas me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera, infaliblemente los derrotaré con la caballería; si no bajan, dentro de tres meses subiré a la cordillera y los derrotaré.

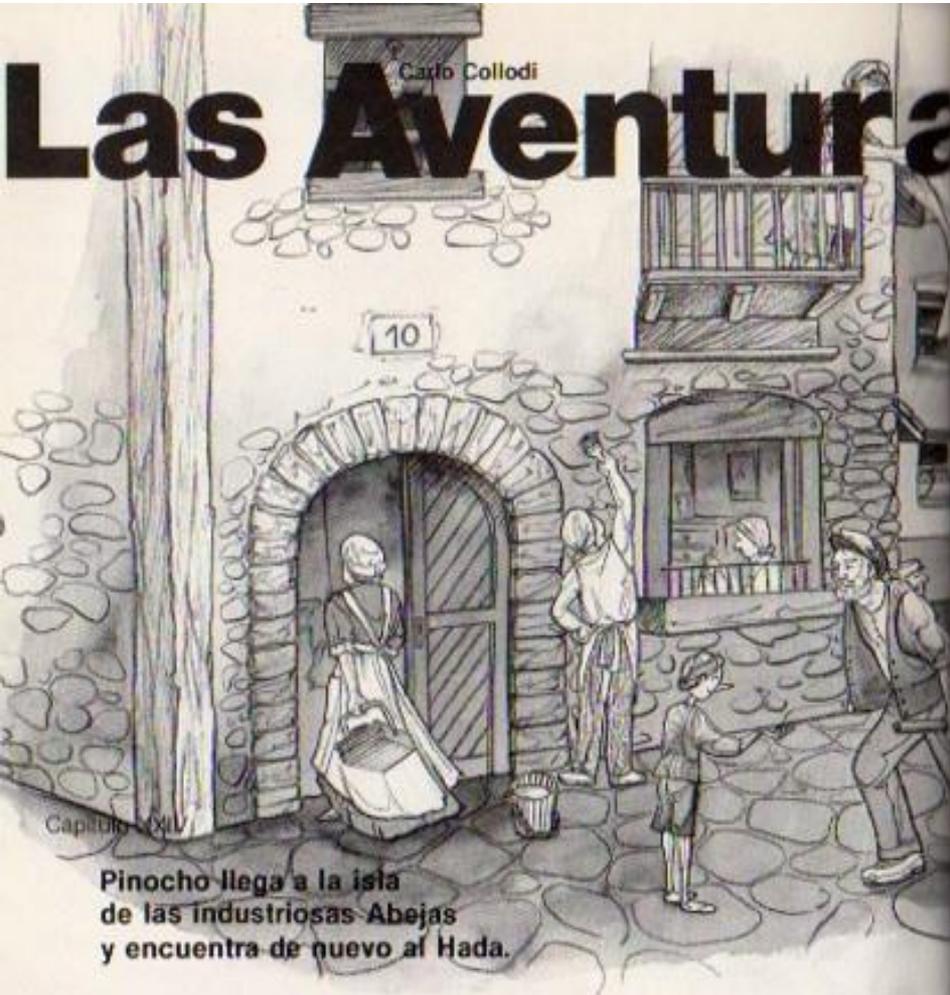
Más tarde, a mi llegada a Bogotá, supe cómo cumplió el Libertador su pronóstico, subiendo a la cordillera y derrotando a los españoles en Junín”.

Nota: El escritor, político y militar colombiano Don Joaquín Mosquera fue una de las grandes figuras de la Nueva Granada que colaboraron con Bolívar en la obra de independencia. La anécdota está tomada de Bolívar, 32 lecciones para jóvenes americanos, del escritor Antonio Arráz.



Las Aventuras de Pinocho

Carlo Collodi



Capítulo XIV

Pinocho llega a la isla de las industriosas Abejas y encuentra de nuevo al Hada.

Tras media hora de camino llegó a un pueblecito, llamado el "Pueblo de las Industriosas Abejas". Las calles hormigueaban de personas que corrían de un lado a otro para atender a sus asuntos; todos trabajaban, todos tenían algo que hacer. Ni buscándolo con lupa se podía encontrar un holgazán o un vagabundo.

—¡Está claro! —dijo, muy pronto, el perezoso Pinocho—. ¡Es-

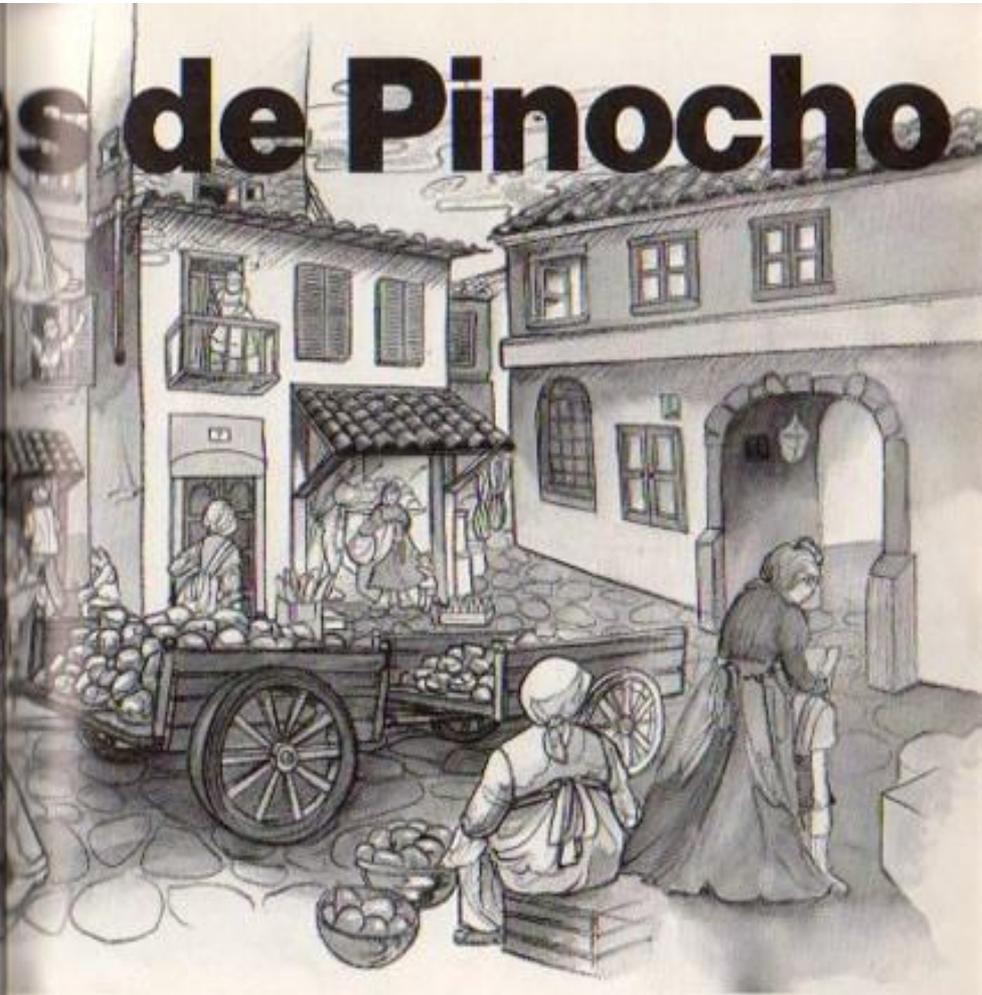
te pueblo no es para mí! ¡Yo no he nacido para trabajar!

Mientras tanto, el hambre lo atormentaba, pues había pasado veinticuatro horas sin comer nada, ni siquiera un plato de algarrobas.

—¿Qué hacer?

Sólo le quedaban dos recursos para quitarse el hambre, o buscar trabajo o pedir limosna o un pedazo de pan.

Se avergonzaba de pedir limos-



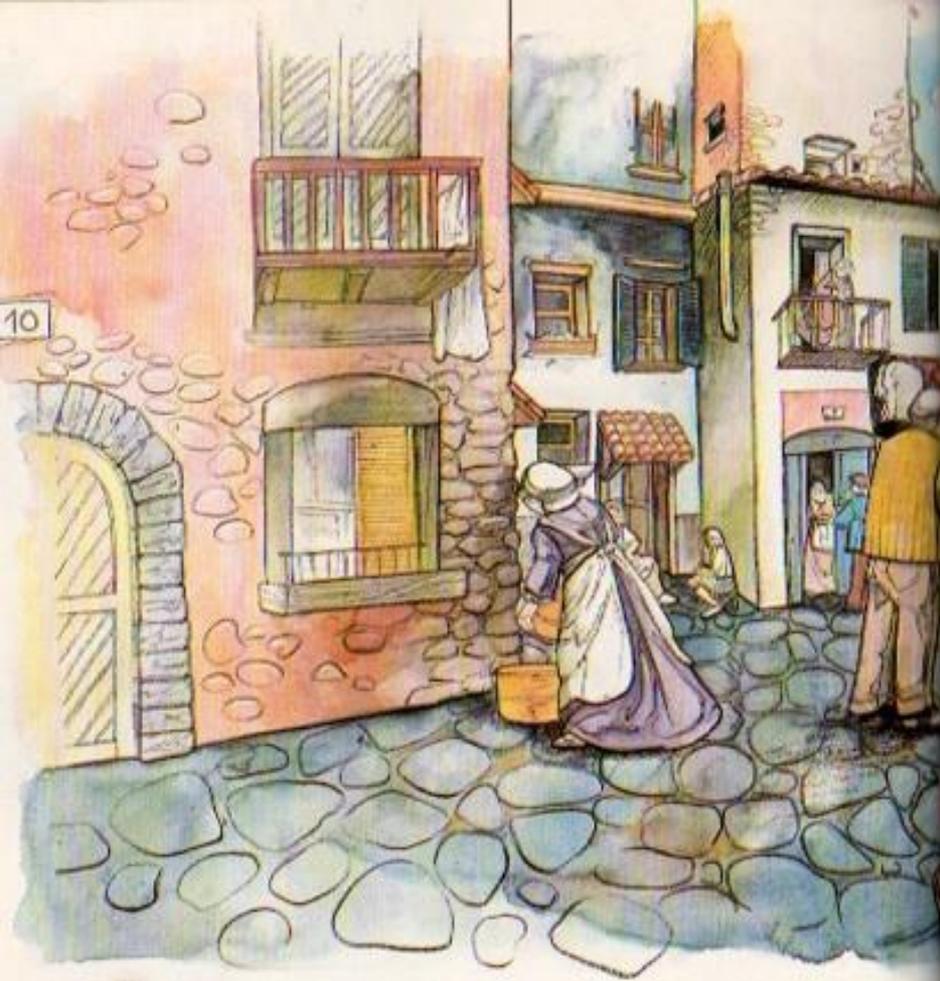
na, porque su padre siempre le había dicho que sólo tienen derecho a pedir limosna los viejos y los enfermos. En este mundo los verdaderos pobres, mercedores de asistencia y compasión, no son más que aquéllos que por razones de vejez o enfermedad se ven condenados a no poder ganarse el pan con el trabajo de sus manos. Todos los demás tienen la obligación de trabajar y si no trabajan y pasan ham-

bre, peor para ellos.

En aquel instante pasó por la calle un hombre muy sudoroso y jadeante, que tiraba con esfuerzo de dos carros cargados de carbón.

A Pinocho le pareció que tenía aspecto de buena persona; así que se le acercó y, bajando los ojos avergonzado, le dijo en voz baja:

—¿Me haría la caridad de darme una moneda? Me estoy muriendo de hambre.



—No sólo una —contestó el carbonero—; te daré cuatro con tal de que me ayudes a llevar hasta mi casa estos dos carros de carbón.

—¡Me asombra! —contestó el muñeco, casi ofendido—. ¡Ha de saber que nunca he hecho el asno, que jamás he tirado de un carro!

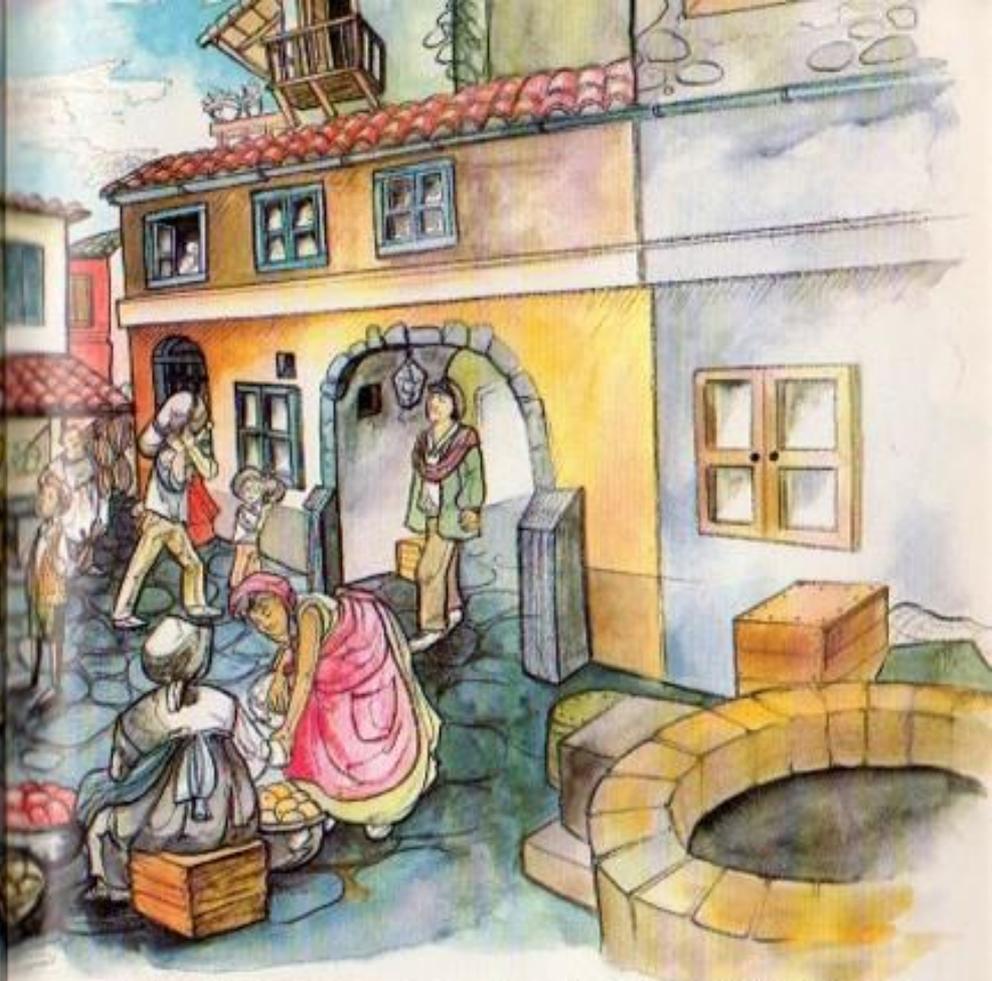
—¡Mejor para ti! —respondió el carbonero—. Entonces, muchacho, cuando de verdad te mueras de hambre, cómete dos tajadas de

tu soberbia; y ten cuidado, no vayas a coger una indigestión.

Minutos después pasó por la calle un albañil que llevaba al hombro un tobo de cemento.

—Señor mío, ¿haría la caridad de una moneda a un pobre muchacho que bosteza de hambre?

—¡Encantado! Ven conmigo a llevar cemento —contestó el albañil—, y, en vez de una moneda, te daré cinco.



—¡Pero el cemento es pesado! —replicó Pinocho—. Y yo no quiero cansarme.

—Si no quieres cansarte, muchacho, diviértete bostezando, y buen provecho te haga.

En menos de media hora pasaron otras veinte personas y Pinocho les pidió a todas una limosna, pero todas le contestaron:

—¿No te da vergüenza? ¡En vez de hacer el haragán por las ca-

lles, vete a buscar trabajo y aprende a ganarte el pan!

Por último pasó una buena mujercita, que llevaba dos cántaros de agua.

—¿Me permite, buena mujer, que beba un sorbo de agua de su cántaro? —dijo Pinocho, que se moría de sed.

—Bebe, muchacho —dijo la mujercita, posando los dos cántaros en el suelo.



Cuando Pinocho hubo bebido como una esponja, farfulló a media voz, mientras se secaba la boca.

—¡La sed ya me la he quitado! ¡Ojalá pudiera quitarme el hambre!

La buena mujercita, oyendo estas palabras, añadió en seguida:

Si me ayudas a llevar a casa uno de estos cántaros de agua, te daré un buen trozo de pan.

Pinocho miró el cántaro y no contestó ni que sí ni que no.

—Y, con el pan, te daré un buen plato de coliflor, guisada con aceite y vinagre —añadió la buena mujer.

Pinocho echó otra ojeada al cántaro y no contestó ni que sí ni que no.

—Y después de la coliflor, te daré un rico dulce relleno de chocolate.

Ante la seducción de esta última golosina, Pinocho no pudo resis-



tir más; hizo de tripas corazón, y dijo:

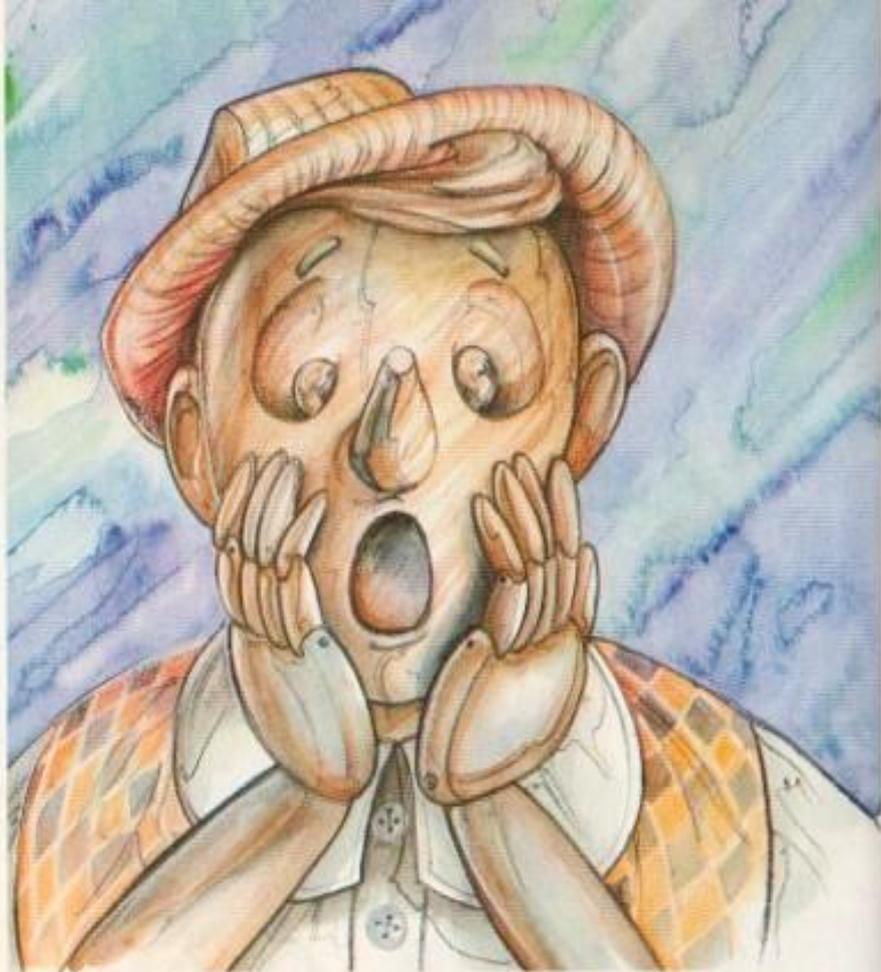
¡Paciencia! ¡Le llevaré el cántaro hasta su casa!

El cántaro era muy pesado y el muñeco, sin fuerzas para llevarlo en las manos, se resignó a llevarlo en la cabeza.

Llegados a la casa, la buena mujercita hizo sentar a Pinocho ante una mesita y le puso delante el pan, la coliflor guisada y el dulce.

Pinocho no comió, devoró. Su estómago parecía un barrio que se hubiera quedado vacío y deshabitado durante cinco meses.

Cuando se calmaron poco a poco los rabiosos mordiscos del hambre, levantó la cabeza para dar las gracias a su benefactora; pero aún no había acabado de clavar la mirada en su rostro cuando lanzó un ¡oh! de asombro y se quedó como embrujado, con los ojos fuera



de las órbitas, el tenedor en el aire y la boca llena de pan y de coliflor.

—¿A qué se debe todo ese asombro? —preguntó, riéndose, la buena mujer.

—Es que... —contestó balbuceando Pinocho—, es que..., es que..., usted se parece..., usted me recuerda..., sí, sí, sí..., la misma voz..., los mismos ojos..., los mismos cabellos..., sí, sí, sí..., también usted tiene los cabellos azules...

¡Como ella!... Oh, Hada mía! ¡Dígame que es usted, precisamente usted!... ¡No me haga llorar más! ¡Si supiera!... ¡He llorado tanto, he sufrido tanto!...

Y, mientras hablaba así, Pinocho rompió a llorar desesperadamente y, echándose al suelo, se abrazó a las rodillas de aquella misteriosa mujercita.

El verdadero nombre de Carlo Collodi era Carlo Lorenzini. Nació el 24 de noviembre de 1826 en Florencia, y murió en la misma ciudad el 26 de octubre de 1890. Compuso su obra maestra **Las Aventuras de Pinocho** desde julio de 1881 hasta enero de 1883. Así fue publicada "por partes" en el "Giornale per i bambini".

Pinocho nació de un pedazo de madera bien poco común. Cuando el viejo carpintero que lo hizo y lo quiso serruchar, el trozo de madera reía y reía, no soportaba las cosquillas...

Así nace Pinocho. Va a dar a las manos de otro carpintero, Gepeto, quien deseaba tallar un muñeco, títere. Pinocho sale de las manos de Gepeto y corre de travesura en travesura, de peligro en peligro. Así conocemos **Las Aventuras de Pinocho**. Conoce al titiritero Tragaluegos, visita el "Campo de los Milagros", es colgado en un árbol y dejado muerto, va a tener a la cárcel, conoce "El país de los Juguetes", se convierte en burro, entra en el cuerpo de un tiburón... al final, deja de ser un títere y se convierte en un muchacho de carne y hueso.

Dos personajes son sus protectores: El Grillo Parlante y el Hada de los cabellos azules.

¿Quieres saber más? Lee el capítulo que te brinda **Onza, Tigre y León**. Luego, tu entusiasmo por conocer **Las Aventuras de Pinocho**, te llevará a la biblioteca pública más cercana. Allí hay un ejemplar que espera por ti.

¡Te divertirás!